

NECROLÓGICAS

MANUEL ARCE LAGO

Para escribir sobre Manuel Arce (San Roque del Acebal, Asturias, 1928- Santander, 2018) se necesita hablar de la persona, porque su cercanía, la exigencia del trato cara a cara, y su desbordante entusiasmo por los temas artísticos, dominaban cualquier contacto con él. Si en verdad era imposible conocerse en persona, Arce recurría a la carta, donde con una prosa directa, familiar, contaba con pormenores el tema que correspondiese, y así establecía lazos cercanos. El trato insistió era personal, o no lo era. Por eso su pérdida es doblemente dura para mucha gente que lo conoció y leyó, porque han perdido al amigo y al referente artístico santanderino.

Manolo y yo emprendimos una intensa relación a través de la memoria de mi padre, con quien él mantuvo una amistad de varias décadas. Leyó un artículo mío sobre Galdós, y simplemente me escribió una carta para decirme que le había gustado. Me pidió que le llamara cuando pasara por Santander, y así lo hice en aquel verano de hace quince años. Nos invitamos mutuamente a cenar, y Manolo recordaba esto y lo otro. Era una fuente de información sobre cada poeta, novelista o pintor de la pasada media centuria. Yo le preguntaba, cómo era Benjamín Palencia, o Manolo Cossío, qué impresión te causó Camilo José Cela cuando le conociste, y así brotaban las anécdotas. Luego me llamaba por teléfono a Holanda, a Madrid, yo le correspondía, pues en esas conversaciones la pasión del escritor afloraba en cada frase. Pude vivir la redacción del texto de sus memorias, la publicación de una novela, y de una antología de sus poesías. También trabajamos juntos en el empeño de conseguir la capitalidad europea de la cultura para Santander, él como presidente de la comisión y yo como vicepresidente. Y siempre nos acompañaba, reforzando los recuerdos de Manolo, su mujer, Teresa Santamatilde.

Hace dos años aproximadamente dejamos de comunicarnos con asiduidad, aunque salvando trabas burocráticas, Javier Menéndez Llamazares y yo pudimos darle algún abrazo, y charlar algo. Recordamos a buenos amigos suyos, el pintor Roberto Orallo, su mujer Veli Cordero, Juan Antonio González Fuentes, y Ramón Viadero. Nunca dejamos de tener noticias suyas, a través de una sobrina, la conocida fotógrafa Ana Santamatilde. En fin, Manolo dejó un enorme hueco en el corazón de sus amigos y en la vida cultural de la capital de Cantabria.

Me contó en varias ocasiones que desde niño, cuando dejando el pueblo de su nacimiento, la casa del jefe de estación, se trasladó a Santander, su afición a las letras ya conocía las primeras manifestaciones. Dejó de lado los ofrecimientos familiares de dedicarse al comercio, y en 1952 fundó la Librería y Galería de Arte Sur, que terminaría siendo sólo galería de arte. La inauguró Benjamín Palencia, y en sus paredes colgaron lo mejor de la pintura española del tercer cuarto del novecientos, de la Escuela de Madrid, de su gran amigo Álvaro Delgado, con quien se veía en sus regulares viajes a Madrid. Nunca se perdía Arco ni dejaba de visitar a un hermano que vivía en la Comunidad de Madrid. Las exposiciones individuales o colectivas incluyeron a Manolo Miralles, Cristino Mallo, Pepe Caballero, Fernando Zóbel, más Picasso y Miró, y muchos más.

Calcular la huella de Arce en la vida cultural de Santander resulta imposible. Un impacto que estuvo a punto de verse coronado con la elección a la alcaldía, pero el corazón le pidió pausa, y no pudo realizar ese sueño. Sin embargo, a instancias de Ernest Lluch sí aceptó la presidencia del Consejo Social de la Universidad de Cantabria (1985-1997). Formó parte de infinitos jurados, incluido el Príncipe de Asturias, en la edición en que se concedieron el galardón a su amigo del alma, Ricardo Gullón.

No enumeraré aquí su obra entera. Únicamente menciono que, en el terreno de la creación literaria, nos dejó cinco libros de poesía y siete novelas. Además fue editor de la importante e imprescindible revista *La isla de los ratones* (1948-1955), donde publicó el quién es quién de la poesía española del XX, Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, Pedro Salinas, Blas de Otero, Carlos Bousoño, Gerardo Diego, y bastantes otros. En paralelo, editó una colección de libros, también llamada «La isla de los ratones», donde se publicaron un número importante de ensayos.

Hay un par de ficciones tuyas que quiero destacar. La novela *Anzuelos para la lubina*, de 1962, que según me confesó en diversas ocasiones era su preferida, y *El latido de la memoria*, de 2006, su última incursión en la narrativa, el género de sus más acreditados títulos. Habían pasado treinta años desde que publicara narrativa, cuando se lanzó a redactar una obra sobre la vida en Santander durante la guerra civil, con la que obtuvo el premio «Emilio Alarcos Llorach» de novela. Alrededor de estas fechas le empieza a dominar una urgencia por contar su pasado. Poseía un enorme fichero, de correspondencia, de recortes de periódico, todo ello perfectamente ordenado en carpetas. Durante mis visitas, y los días que me quedaba a comer en su casa, pasábamos el tiempo revisándolas. Un día me aguardaba una verdadera sorpresa, cuando me leyó las primeras cuartillas de sus memorias.

Ninguna obra tuya ofrece al lector de hoy una mejor idea de quién fue Arce que su biografía literaria, *Los papeles de una vida recobrada* (Valnera, 2010). Tuve el honor de seguir paso a paso su redacción y de prologar este enorme tomo de más de 1400 páginas. Se valió para redactarla del extraordinario epistolario que conservaba, las cartas recibidas por escritores y artistas de la segunda mitad de la centuria. Casi me atrevo a decir que están todos. Resulta, pues, una fuente información inagotable sobre el arte en la postguerra española. Da la medida de sus esfuerzos, ilusiones, desilusiones, y, sobre todo, de un hombre volcado a la tarea de construir un mundo mejor a través del arte, y todo mediado por la amistad.

Espero que quien lea estas líneas se quede con la figura de Manolo. Un hombre vestido elegantemente, sentado en la terraza de su casa, que ofrecía una espectacular vista panorámica a la bahía de la ciudad, con un vaso de güisqui en la mano, contando mil y un recuerdos, de mi padre, de Vicente Aleixandre, de su querido Pepe Hierro, de Julio Maruri, evocando a jóvenes poetas santanderinos, a quienes le visitábamos, Javi Menéndez Llamazares, o Adolfo Sotelo Vázquez. Muchas veces iba a dentro y volvía con un libro, para enseñar, quizás intimar con una dedicatoria. Su talante hizo que cuantos le trataron, como escritor, editor o galerista, supieran de la nobleza que acompaña el trato con personas excepcionales como él.

GERMÁN GULLÓN
UNIVERSIDAD DE ÁMSTERDAM